

FRANCISCO LARGO CALVO

hijo de

LARGO CABALLERO

EL hijo del llamado "Lenin español", Francisco Largo Calvo, después de asistir a la reunión pública del Comité Central del Partido Comunista de España en Roma, ha pasado unos días en Madrid, tras veintisiete años de exilio en Méjico. En un momento, pudo desempeñar un papel histórico, aun sin contar con su voluntad: se habló de que prisionero en Sevilla, iba a ser canjeado por José Antonio Primo de Rivera.

En la plaza del Callao nos señala el hostel Josefina, antigua pensión Josefina, nos dice, donde vivió los meses que permaneció en Madrid tras su puesta en libertad en el cuarenta y tantos... Paseando por la Gran Vía, llegamos a Cibeles y se sorprende de la perspectiva que ofrece la Puerta de Alcalá, con la torre de Valencia entre sus arcos, nos habla de la mala planificación urbanística en general y de la ciudad de Méjico, donde vive... No reconoce la calle Velázquez, al faltar su antiguo paseo... Nos pregunta, curioso, por los tranvías; se acuerda nostálgico del que tomaba con regularidad, el que partía de Estrecho hacia Dehesa de la Villa, su domicilio familiar...

—Cuéntanos, a grandes rasgos, lo que fue tu vida, el haber vivido en un momento decisivo de la Historia de España, la repercusión en ti del hecho de ser hijo de Largo Caballero.

—Bueno, quizá había que remontarse un poco y explicar cómo empezó mi vida en el treinta y seis y por qué. Tiene su origen en el hecho de que yo había participado en la revolución de octubre en el año treinta y cuatro, que tuvo un carácter general, pero por unas determinadas circunstancias el movimiento aquel no tuvo la envergadura que debía tener y la lucha se centró en Asturias...

—¿Cuántos años tenías?

—Veinte. Nací en el catorce y en aquella época estaba estudiando para ingeniero industrial... Me detuvieron el veintinueve de octubre del mismo año treinta y cuatro, y, como tantos jóvenes, fuimos a parar a la cárcel Modelo de Madrid. Por aquella época coincidimos allí el padre de Santiago Carrillo, el propio Santiago Carrillo, mi padre y muchos políticos de entonces...

—Salí de la prisión, si no recuerdo mal, en julio o agosto del treinta y cinco, y precisamente tuve uno de los grandes golpes, pues murió mi madre; mi padre, que continuaba en la cárcel, salió para presenciar la operación y su fallecimiento a los pocos días... Siendo yo de la quinta del treinta y cinco, no pude hacer el servicio militar en ese año y lo empecé en el treinta y seis. Por motivos que nunca he entendido, en vez de ir en el primer reemplazo de primeros de enero, fui en el se-

gundo, empezando mi servicio militar a primeros de julio en el regimiento de Transmisiones de El Pardo, regimiento que el día veintinueve se sublevó; y me detuvieron.

—Entonces tú no viviste la guerra como ciudadano civil en ningún momento.

—No; yo entré en el cuartel el uno de julio. Estuvimos haciendo vida normal y hacia el catorce o el quince nos acuartelaron y ya no salí.

que se narraban no sé qué pretendidos hechos y en el cual hablaban de Largo Caballero como ministro de la Guerra. Allí me enteré de que mi padre ocupaba un puesto de tanta responsabilidad en aquella época. Esto me hizo empezar a comprender la situación en que yo me encontraba.

—En Sevilla me llevaron al cuartel general de la Falange de Andalucía, que se situaba en el que había sido el pabellón del Brasil en

que se iba a gestionar dicho canje. Le dije que me parecía una cosa descabellada, porque yo era un muchacho de veintidós años que había tenido una participación poco relevante en la política y me parecía absurdo mi canje con el que era jefe de la Falange.

—Pero tú eras hijo de Largo Caballero, que si tenía una posición relevante.

—Sí; yo entonces sabía que mi padre era presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra; pero conociendo, como conocía, a mi padre estaba completamente seguro que nunca accedería a un canje de ese tipo.

—Fueron unas circunstancias un poco extrañas. No sabía el motivo exacto, pero sí que el fusilamiento de Primo de Rivera no se comunicó en la zona franquista hasta muchos meses después; parece ser que había interés en no comunicarlo. Hay quien ha manifestado que formaba parte de la política de Franco el no canjear a José Antonio. Debí de ser fusilado en septiembre u octubre del año treinta y seis.

—¿En Sevilla continuaste incomunicado?

—Sí; lo que pasa es que yo estaba en un cuartel que no reunía las condiciones para tener detenidos. Al mes de estar en el calabozo conseguí que me sacaran a pasear, y, al no haber patio, el oficial de guardia, con dos números, me escoltaron dando vuelta alrededor del cuartel... Pero duró poco; volvieron las órdenes de incomunicación total.

—Como cosa anecdótica, fue curioso que yo dependía directamente de Quielmo de Llano, capitán general de toda Andalucía. Enfrente del cuartel de la Falange estaba —creo— el Estado Mayor de los requetés. Un día se enteraron de que yo estaba allí y vinieron con intención de asaltar el cuartel para fusilarme, y en aquellos momentos la Falange debía tener órdenes muy estrictas respecto a mi seguridad, pues en esos momentos la Falange luchó contra los suyos defendiendo a un enemigo. La verdad es que ellos me salvaron la vida entonces.

—¿Cuándo te enteraste que José Antonio había sido fusilado?

—Mucho después. No sé, exactamente, pero debí de ser a finales del treinta y siete o primeros del treinta y ocho, cuando se hizo público en la zona franquista.

—¿Tuvo alguna repercusión su muerte en la actitud de ellos hacia tí?

—No, no, pues ya digo que a José Antonio lo debieron de fusilar por octubre del treinta y seis, y,

Paloma Lagunero

—Me trasladaron a la Granja de San Ildefonso, donde estuve sólo unas horas y después me llevaron a Segovia, a la Academia de Artillería; permanecí tres meses de rigurosa incomunicación en un calabozo, y, a los tres meses, vinieron tres capitanes de Falange y me manifestaron que íbamos a emprender un largo viaje; en aquellos momentos, pensé que me iban a dar "el paseo", algo lógico. Mi gran sorpresa fue lo contrario. Me enteré que las órdenes que tenían dichos capitanes de Falange era que yo tenía que llegar vivo a Sevilla a toda costa.

—¿No tenías idea de cómo transcurría la guerra civil?

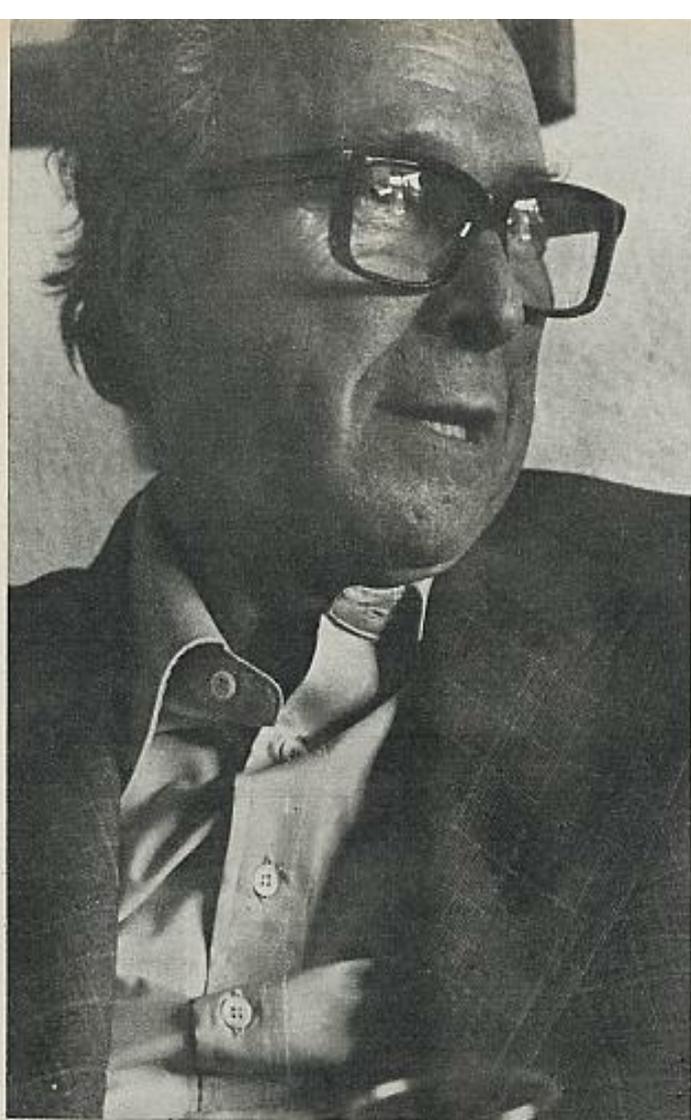
—Nada, porque estuve rigurosamente incomunicado; pero hubo una circunstancia un poco especial que me hizo ver. Yo sólo salía de la celda al servicio. Un día me encontré un trozo de un periódico local que se metía con mi padre, en el

la exposición de Sevilla de mil novecientos veintinueve. Allí permanecí hasta febrero, o sea, cinco meses y pico, también incomunicado. Fue una época muy dura, pues en aquellos momentos encontrarse en un cuartel de la Falange era muy crítico; mi idea era que, en cualquier momento, podía ser fusilado. Sobre todo recuerdo que un día se presentó un individuo que dijo llamarse Mauricio Carla Villa, que luego me enteré era inspector de Policía de la Dirección General de Seguridad de Madrid; vino a verme para notificarme cuál era mi situación. Me dijo que estaba en calidad de rehén y que mi vida dependía de lo que pudiera pasarle a José Antonio Primo de Rivera, por entonces detenido en Alicante.

—¿Qué hay de cierto en el supuesto canje entre el hijo de Largo Caballero y José Antonio?

—Sí; precisamente me indicó





aunque no se hiciera público hasta más de un año después, cierta gente sí lo sabía y, por tanto, las posibles repercusiones hacia mí hubieran venido mucho antes.

—Cuando me enteré de su muerte ya no estaba en el cuartel de Falange, pues pasé a la prisión provincial de Sevilla en febrero del treinta y siete; en cierta forma aquello fue para mí una liberación, aunque también allí la situación era difícil, pero desde luego significaba una mayor seguridad. Permanecí incomunicado hasta mediados del treinta y ocho, en una celda sola y saliendo a pasear a un patio yo solo; después me autorizaron a hacer la vida normal de la prisión, y bien es verdad que, a pesar de la satisfacción que esto me produjo, a veces añoraba la vida anterior, pues era algo terrible con el calor de Sevilla permanecer siete u ocho reclusos amontonados en celdas de tamaño individual... Allí pasé siete años.

—¿En ningún momento hubo ninguna acusación concreta ni ningún juicio?

—Nada, ni un juez ni un proceso. Yo estaba en calidad de rehén.

—¿Por qué no cumplieron eso de que tu vida dependía de la de José Antonio una vez muerto éste?

—Bueno, yo tengo la idea de que si ellos hubieran sabido que yo no les iba a servir para nada me hubieran fusilado como a tantos otros. Pensaron que quizá todavía era útil para otros posibles canjes. La prueba es que un mes antes de terminar la guerra vino un delegado de la Cruz Roja, me habló de que se

gestionaba otro canje y que si yo lo aceptaba... Después, con el fin de la guerra no se encontraría el momento oportuno de fusilarme.

—De depender de Queipo de Llano, pasé, no sé en qué momento exactamente, a depender del ministro de la Gobernación, Serrano Suñer, hasta mi orden de libertad en el año mil novecientos cuarenta y tres.

—Salí de la prisión no con libertad absoluta, sino en calidad de confinado.

—¿Por qué tú marcha a Méjico?

—Me volvieron a meter en la cárcel de Monforte; estuve cerca de tres meses, y, como tantos otros, sin saber por qué un día me detuvieron y un día me pusieron en libertad, también sin saber por qué. Era todavía una época de guerrilleros por aquella zona gallega.

—¿Tenías alguna actividad política?

—No, ninguna. ¿Cómo iba a tenerla en un pueblo sumamente controlado? Estuve tres meses paseándome solo sin que nadie me hablara. Los de derecha, por odio; los de izquierda, por miedo. Mi situación era difícil.

—Un día se me acercaron unas muchachas, hijas de un hombre del pueblo que había vivido varios años en Sudamérica, hombre liberal que conocía mi situación. Me invitó a su casa y me ofreció su ayuda. Allí conocí a la que luego fue mi mujer.

—Por cierto, el mismo día de salir de la cárcel de Monforte, a las nueve de la noche, en casa había varios telegramas de mi hermana que

vivía en París, en los que comunicaba que mi padre estaba enfermo. El último decía: "Papá, gravísimo". Mi padre tenía cerca de setenta y seis años, y habla vivido en la zona francesa de Petain, donde fue detenido por la Gestapo y trasladado al campo de concentración de Oranienburg, cerca de Berlín. Estuvo cerca de tres años y medio, y volvió a París con mi hermana Carmen, al ser liberado el campo por las tropas polacas y soviéticas, pero su salud se resintió y tuvo que ser operado del riñón; se le extirpó éste y posteriormente se le complicó con una gangrena; murió al poco tiempo. A pesar de mi prohibición de salir de Monforte, me fui en tren hacia Vigo para intentar salir en barco hacia Francia a ver a mi padre; pero fue imposible.

—En el cuarenta y seis me comunicaron la libertad y en el cuarenta y siete me vine a Madrid a buscar trabajo, cosa que no logré a pesar de varios amigos que tenía en la capital. Permanecí mes y pico y opté por volverme a Monforte; por entonces ya iba haciéndome a la idea de salir de España.

—Me casé y aquello también supuso una odisea, pues en aquellos momentos el casarse por lo civil implicaba gran dificultad. Recuerdo un artículo del Código que decía que exclusivamente podrían casarse por lo civil los no bautizados (mi caso) y los que, estándolo, renunciaran a la religión católica, siendo este el caso de mi mujer; tuvimos dificultad con los notarios de Monforte, pero, por fin, uno de ellos quiso levantar acta notarial de la renuncia de mi mujer, pero, en cambio, no encontramos a ningún juez que quisiera casarnos. Tuve que recorrer varias aldeas y, por fin, en un pueblo llamado Bóveda, un joven juez accedió a casarnos. Nos fuimos a Madrid y clandestinamente, con amistades, empecé a gestionar mi salida de España, pero me dijeron que había cierta posibilidad de salir legalmente, pues así lo había hecho hacia poco el cuñado de Azaña y Joaquín Maurín, el trotsquista. Todo esto era con vistas a la situación internacional; efectivamente, me dieron el pasaporte y salimos hacia Francia. Después de un año, nos embarcamos en noviembre del cuarenta y ocho hacia Méjico para reunimos con mis hermanas allí. Así han pasado veintisiete años hasta ahora, que es la primera vez que vuelvo a España. En Méjico empecé a trabajar en unos laboratorios de productos Roche, filial de la suiza, y todavía permanezco en el departamento de ventas de productos químicos.

—Durante la comida nos hablabas de que muchos exiliados no iban a volver, que habían hecho su vida allí, que había problemas.

—Aun teniendo el deseo de volver, las circunstancias lo van a hacer casi imposible. Muchos se han casado con mejicanas; sus hijos y nietos viven allí, su vida está totalmente organizada. El volver significaría romper otra vez la familia, y no se puede obligar a los hijos y a las mismas mujeres a venir si no lo desean. Todo esto hay que verlo con un sentido muy humano. Algunos sí vendrán, entre ellos me incluyo yo, que tengo no sólo el deseo sino la intención y decisión de

venir. Tampoco puedo decir que sea mañana, pues he trabajado en una empresa cerca de veintisiete años y me quedan dos para la jubilación.

—¿Cuántos exiliados quedáis en Méjico?

—No sé exactamente. En los primeros momentos seríamos cerca de 40 ó 50.000 refugiados, pero a lo largo de estos años algunos han regresado, se han trasladado a otros países y otros han muerto. Esta cifra ha descendido muchísimo.

—Háblanos de la labor cultural que los españoles exiliados hicieron en Méjico.

—La labor cultural fue grandísima; no sólo en Méjico, sino en todos los países donde hubo una emigración de tipo político; no lo decimos nosotros, sino los propios mejicanos. Se ha dejado una huella profunda en la enseñanza, la industria, la vida artística, etc.

—Algo muy importante a tener en cuenta para el futuro es el hecho de la labor que el día de mañana puedan realizar los hijos de los refugiados que estudiaron en dichos países y hoy ocupan puestos de importancia en muchos sectores de la vida social y política; es un factor a tener en cuenta, pues esto será una especie de puente que unirá España con América en sus futuras relaciones internacionales.

—Tú eres del Partido Comunista. Ahora que vuelves de haber sufrido la cárcel, el confinamiento y el exilio, ¿con qué deseo vuelves?

—En España están los hombres que van a ser artífices del cambio y sobre ellos va a pesar esta gran responsabilidad. No es necesario que venga la gente de fuera como fuerza determinante. No niego desde luego que siempre hay algo que hacer, pero lo determinante, lo decisivo, está aquí, eso es indudable; no niego que, en la medida en que se pueda contribuir, así lo haremos.

—¿Cómo ves el papel del Partido Comunista en el cambio y el futuro inmediato de éste?

—El papel del Partido lo conceptúo determinante. Es un Partido muy bien organizado, con una política muy consciente, pegado a la realidad, que goza del apoyo no sólo de sus militantes, sino de una gran mayoría de simpatizantes. Sin embargo, no me hago tampoco demasiadas ilusiones en ese aspecto. Creo que cuando se produzca el cambio, una cosa es estar bien organizado y controlar las fuerzas de vanguardia del país y otra cosa son los votos. Es posible que cuando desemboque todo esto en una democracia, quizá otros partidos que no jugaron un papel tan decisivo en promover el cambio y antes de éste, vayan, en cambio, a gozar del apoyo de una serie de capas sociales que quizá confían más en ellos que en nosotros. Es algo que hemos visto claramente en Portugal, pero no debe preocuparnos. Tenemos que tener confianza en nosotros mismos y en nuestro futuro, pues la Historia está con nosotros. Creo que hoy día, el PCE está interpretando, de una manera bastante exacta, el momento histórico, pero el futuro es a base de mucho trabajo; no nos van a regalar nada.

■ (Fotos del autor.)